

sentaba, inmóvil ante el altar, y tan recogido como si todo estuviese en calma; cuando el príncipe vió todo esto, quedó inmóvil y como sobrecogido de un religioso terror: mas recobrándose un poco y queriendo presentar su ofrenda, ningún ministro acudió á recibirla, porque no sabían si el obispo lo llevaría á bien. Valente, agitado entonces de un repentino estremecimiento, y temblando sus rodillas, hubiera caído sin duda si uno de los sacerdotes, que notó su desfallecimiento, no le hubiese sostenido. El sábio pastor, honrando la potestad suprema en un príncipe, aunque herege, no le negó la comunión imperfecta, que consistía en ofrecer los dones ordinarios, y en orar con los fieles; pero no le admitió á la participacion de la Eucaristía.

A pesar de todo esto el emperador concibió un gran respeto á este digno obispo, y quiso oírle hablar de la Religión. Túvose la conferencia dentro del velo que separaba el coro de la nave, y muy cerca del altar donde se ponían los emperadores, segun la costumbre de las iglesias orientales. San Gregorio Nacianceno, que se hallaba presente, dice que San Basilio habló como un ángel del cielo, y que el príncipe parecia conmovido en extremo (1). Uno de sus mayordomos llamado Demóstenes, se mezcló en la conversacion, y cometió un solecismo queriendo hacer una objecion al obispo. Basilio le miró sonriéndose, y dijo: *¡un Demóstenes ignorante!* El mayordomo llevó á mal esta chanza y principió á amenazarle, pero el obispo sin conmoverse le dijo: «cuidad de hacer servir bien vuestra mesa, y limitaos á lo que es de vuestra inspeccion.» Asi acabó la conferencia en ventaja del santo doctor, y sin indisponer al emperador, el cual lejos de mostrarle el mas leve disgusto, le concedió tierras para fundar un hospital en Cesarea.

(1) Theod. lib. 4, c. 19.

Mas los arrianos, que nunca se apartaban del príncipe, se apoderaron segunda vez de su espíritu, y le movieron á confinar á Basilio, si se obstinaba en no comunicar con ellos. La emperatriz Dominica era la que hacia las mas vivas instancias contra Basilio, y la ejecucion parecia tan segura, que ya estaba preparado el carruage, y el Santo rodeado de sus amigos deshechos en lágrimas y dispuesto á ponerse en camino. Pero en aquel momento, el hijo de Valente y de Dominica, que todavia era niño, fué acometido de una fiebre violenta que en pocas horas le puso al borde del sepulcro. Era el mal tan grande, que los médicos no veían remedio alguno ni esperanzas de salud: á vista de lo cual no dudó la emperatriz ser este un castigo del cielo, y comunicó sus temores al emperador. Rogaron inmediatamente al santo obispo que acudiese; y apenas puso los pies en el palacio, cuando aflojó la fiebre, y el Santo prometió una curacion perfecta con tal que le dejasen instruir al jóven príncipe en la fé católica. Aceptaron la condicion, oró el obispo, y el niño sanó al momento (1); pero despues, trayendo á la memoria Valente el juramento impío que hizo al tiempo de bautizarse en manos de Eudósio, de seguir con el corazón y con las obras la doctrina de los arrianos, mandó bautizar por estos hereges al desgraciado niño, el cual recayó en su enfermedad y poco tiempo despues murió.

Este ciego príncipe, lejos de adorar la mano que le heria, se abandonó á los consejos de los impíos, y quiso desterrar segunda vez á Basilio. Dictóse en efecto el decreto; mas cuando el emperador iba á firmarle, experimentó un temblor convulsivo y se quebró la pluma en sus manos. Por tres veces intentó firmar, y otras tantas le sucedió lo mismo. Cediendo entonces todas

(1) Ephr. in Basil. pag. 63.

sus preocupaciones al miedo y á un horror secreto que no pudo ocultar por mas tiempo, rompió el papel, revocó la orden y dejó para siempre en paz al Santo: de modo, que en esta persecucion general de los prelados ortodoxos del Oriente, por una proteccion visible del cielo para con los dos mas distinguidos defensores de la Iglesia, sólo Basilio y Atanasio vivieron tranquilos y no fueron víctimas de los arrianos. El prefecto Modesto fué mas feliz que su soberano: pues en una enfermedad que sufrió poco despues de la tentativa de Cesarea, pidió al obispo que fuese á visitarle, y con religiosa humildad le rogó que orase por él. Sanó efectivamente, y no cesó de publicar que debia su curacion á Basilio: desde entonces principió entre los dos una amistad particular, y se escribian recíprocamente con frecuencia. Modesto, lisongeado de estar en relaciones con tan grande hombre, atendia mucho á sus recomendaciones, y Basilio santificaba con el ejercicio de la caridad una conexion que sin estas miras superiores le hubiera convenido poco.

Algun tiempo despues de salir de Capadocia el emperador, Eusebio, tio de la emperatriz y gobernador de la provincia, suscitó un nuevo género de persecucion contra el santo arzobispo con todo el orgullo y furor de un tirano subalterno que estaba seguro de ser sostenido. Aunque adicto á los arrianos no procedia por celo de la heregia, sino por un motivo, que sino era mas culpable, era por lo menos mas vergonzoso. Uno de sus oficiales estaba perdidamente enamorado de una viuda que era persona de distincion y queria casarse con ella contra su voluntad. Un dia en que esta muger se vió perseguida con la mayor violencia se refugió en la iglesia al pie del santo altar. Por lisongear á Eusebio quiso el magistrado forzar este asilo, y Basilio tomó la defensa del pudor que estaba en tal riesgo, oponiéndose á los guar-

dias, enviados para arrebatár á la casta viuda, y procurándola los medios de la fuga. El gobernador citó al Santo á su tribunal, y valiéndose desde luego de los medios de hecho mas indignos, mandó desnudarle y que le rasgasen los costados con uñas de hierro. El santo arzobispo le dijo sin la menor conmocion y con mucho ánimo: «vos me hareis un gran favor si me arrancais del seno el mal aliento que me sofoca; queriendo hablar ó de la debilidad de sus pulmones, ó de una asma que le atormentaba mucho: pero el pueblo, luego que supo la crueldad con que perseguian á su pastor, se alhorotó, y hombres, mugeres y niños, se armaron con cuanto pudieron haber á las manos. La casa del gobernador iba á ser forzada, y él hubiera muerto, si Basilio no se hubiese puesto de por medio. Eusebio, tan arrogante y tan feroz un momento antes, cayó pálido y temblando á los pies de su prisionero, el que no necesitaba de que le pidiesen. Libre ya de los verdugos, no menos consternados que el gobernador, salió el buen pastor á encontrar la multitud, y suspendiendo con soñolosa su vista el furor de la sedicion, procuró salvar la vida al mas brutal de los perseguidores.

Poco antes habia ocurrido en el orden civil un cambio que dió ocasion para poner á prueba el sufrimiento y moderacion del celoso metropolitano. Fué dividida en dos la provincia de Capadocia, y Tiana quedó por capital de la segunda. Pretendió el obispo Antimo que este cambio en el orden civil llevaba consigo otro en el orden eclesiástico, y que sin mas disposicion venia él á ser metropolitano de la segunda Capadocia. Basilio, mas versado que Antimo en la santa antigüedad y en los usos religiosos, se opuso á ello, al menos hasta tener una ratificacion ó aprobacion canónica, y para confirmar su derecho con la posesion efectiva y no interrumpida creó al momento nuevos obispos,

Ninguno podia hacer mas honor á su eleccion que su piadoso y sábio amigo Gregorio, hijo del viejo obispo de Nazianzo. Púsole pues en Sáximo, lugar poco interesante y desagradable por su situacion; pero allí era preciso un hombre de mérito y confianza, como que estaba situado en los confines de las dos nuevas provincias. Gregorio, como todos los grandes hombres de aquellos tiempos ejemplares, no queria ser obispo: mas al fin cedió á las súplicas de un amigo tan querido y á las de su propio padre que lo apoyó con tanto mayor esfuerzo, cuanto que de este modo contaba fijar á su hijo cerca de sí. Esta fué la causa de la ordenacion del jóven Gregorio. Despues de algunas ligeras tentativas para establecerse en Sáximo, donde Antimo le suscitaba continuas dificultades, volvió á la vida privada y solitaria, y vino al fin á Nazianzo para asistir á su padre á quien sus incomodidades y su decrepitud impedían ejercer las funciones episcopales por sí mismo.

El buen viejo no tenia otro consuelo que este digno hijo y los ejercicios de la piedad, especialmente el Santo Sacrificio que celebraba en su aposento cuando estaba enfermo: prueba clara del antiguo uso de las misas rezadas y privadas. A pesar de la debilidad de su vejez, reinaba en su rebaño el buen orden; y entre las ovejas y el pastor reinaba la armonía mas perfecta, desde que su hijo le habia reconciliado con los monges, separados en otro tiempo de su comunión porque habia suscrito á la fórmula de Rímíni. Solo por simplicidad y sin haber creído jamás cosa alguna contraria á la fé de Nicea, habia contraído esta mancha el obispo titular de Nazianzo; pero se retractó solemnemente y pidió en público perdon de esta especie de escándalo á petición del coadjutor su hijo. Poco despues murió santamente Gregorio, llamado el viejo ó el anciano, á la edad de cerca de cien

años, de los cuales los cuarenta y cinco habia pasado en el episcopado. Hizo el jóven Gregorio su oracion fúnebre con tanta sublimidad, sin duda, y tantos movimientos patéticos como la de otros muchos personajes que no le eran tan estimados. Despues tomó á su cargo el obispado de Nazianzo; pero solo por tiempo limitado, y sin haber querido nunca aceptar el título.

Mucho mas agitadas que las de Capadocia estaban las demas iglesias: especialmente eran atormentados los católicos de Antioquia siempre declarados contra el obispo arriano Euzoyo. Fué desterrado por tercera vez el santo obispo Melecio, y se retiró á la Armenia su patria, donde habitó en una posesion que le pertenecia, en los confines de la Capadocia, lo cual le proporcionó el tratar frecuentemente al santo obispo de Cesarea, que por su parte nada deseaba tanto como estar en íntima relacion con todos los hombres grandes que ilustraban la Iglesia. Tales eran con especialidad Eusebio de Samosata, Anfiloquio de Iconio, Epifanio, metropolitano de Chipre; y en las estremidades de Italia, Ambrosio, elevado poco antes, de la manera que luego diremos, á la cátedra de la ciudad reinante de Occidente, como la llamaban entonces, es decir, de Milan, donde residia la corte. Con sus cartas y con otras mil atenciones mantenía Basilio la amistad de todos estos distinguidos pastores, y mucho mas sus excelentes disposiciones respecto del rebaño de Jesucristo.

Tambien escribió á los obispos de Italia en general: porque es mucho mas verosímil que la Epístola dirigida segun algunos críticos á los obispos del Ponto, lo fué á los italianos y al Sumo Pontífice (1). Supone San Basilio á estos prelados mas allá de los

(1) Basil. *Epist.* 77.

mares, lo cual no puede indicar la provincia del Ponto situada en el mismo continente de Asia que la Capadocia. Además, los supone libres de la persecucion, que no era otra que la de los arrianos igualmente poderosos en toda la estension de los Estados de Valente, y se sujeta á su correccion. Lo que añade de las funciones de la cabeza en el cuerpo místico de la Iglesia universal, y que atribuye á estos prelados, ó al propio jefe de ellos, forma una prueba mucho mas fuerte y que raya en demostracion. En cuanto al fondo de las cosas, y á escepcion de algunos términos arrancados al dolor por lo calamitoso de los tiempos, parece dictada esta Epístola no menos por la humildad que por la caridad; pues es mas edificante someterse á la correccion de sus superiores legitimos, que mostrar deferencia á sus iguales, particularmente en materia de fé y de doctrina, en que estos homenajes arbitrarios no son mas que abusos cuando se sustituyen á la sumision legitima. En esta justificacion del santo doctor se trata de sus antiguas relaciones con Eustacio de Sebaste, y de los sentimientos arrianos ó semiarrianos de este viejo artificioso, imputados tambien á Basilio por los que no podian conocerle de cerca.

En otras muchas ocasiones se quejó de los occidentales, y aun del mismo Papa en particular, con motivo de los santos obispos de Antioquia y Samosata, llegando hasta acusar á los italianos de una ignorancia ó inconsideracion que daba fuerza á la herejía. Estas espresiones, sin duda muy fuertes, pero vagas y poco conformes á otros mil pasages en que se esplica tan respetuosa como exactamente, no pueden hacer injuria á la fé de la Iglesia romana, que él ensalza en toda ocasion, y solo quiere decir simplemente que las preocupaciones de los occidentales contra los santos atletas de la fé católica, Eusebio y Melecio, daban mucha ventaja á los hereges. La ignorancia de que

acusa á los prelados de Occidente, no es mas que de los hechos puramente históricos, ó de lo que pasaba en lo interior del Asia. Respecto á la autoridad suprema de la Santa Sede y á la necesidad de recurrir á ella de todas las partes del mundo, las reconoce de un modo bastante terminante San Basilio en sus Epístolas, especialmente en las que dirige á San Atanasio.

Eusebio de Samosata tenia un celo que le hacia sumamente odioso á los arrianos. Desde las estremidades de la Siria, donde estaba situada su diócesis á orillas del Eufrates, recorria sin cesar toda aquella vasta provincia, y tambien la Fenicia y la Palestina, para acudir á las necesidades urgentes de muchas iglesias privadas de sus pastores legitimos. Para que los hereges no le conociesen, se vestia de soldado, ó llevaba en la cabeza una tiara al estilo de los persas. Cuando se encontraba con otros obispos ortodoxos, institua sacerdotes y diáconos católicos y aun obispos: ya sea que tuviese para esto una potestad ordinaria, ó ya obrase en nombre de los principales prelados, á los que en calidad de comprovinciales ó vecinos de los lugares privados de pastores, pertenecia instituirlos en caso de necesidad, ó tal vez por estas ordenaciones solo se entienden las que procuraba con su solicitud y cuidado. En un obispo que vivió santamente, y falleció mártir, debemos siempre creer motivos que no se opongan á la gerarquía y del todo diversos de los que inconsideradamente y con poca reflexion se le han atribuido, suponiéndole capaz de hacerlo solo por la autoridad que le daban sus años, su virtud y lo que habia padecido por la fé. No puede pensarse otra cosa de un prelado á quien San Gregorio Nazianzeno, arrebatado de una admiracion que no puede tacharse de parcialidad, llama columna de la verdad, luz del mundo, instrumento de que Dios se

servia para comunicar sus favores á su pueblo; y en fin, sostén y gloria de todos los ortodoxos.

Irritada la faccion de los arrianos, del bien que hacia en Siria, consiguió se le confinase hasta las orillas del Danubio. Llegó por la tarde á Samosata el portador de esta condenacion, y sabiendo el caritativo pastor cuánto le amaban sus ovejas, dijo á este emisario de la secta: «guárdate de voceiferar la causa de tu viaje, porque si el pueblo llega á saberlo, te arrojará en el Eufrates;» y partió él mismo reservadamente para su destierro con un solo doméstico, sin llevar mas equipaje que una almohada y un libro, y dirigiéndose al principio por agua á la ciudad de Zeugma, situada mas abajo sobre el rio, á veinticuatro leguas de distancia. Entretanto los ciudadanos supieron por el mismo portador la orden del emperador, y en un instante se vió el rio cubierto de barcas, con las que presto alcanzaron á su padre, á quien lamentándose y rogándole con sus lágrimas le rogaban que no los abandonase á la rabia de los lobos que iban á destruir su rebaño. Les leyó por respuesta el testo del Doctor de las naciones que manda obedecer á las potestades, y los consoló lo mejor que pudo, exhortándoles á permanecer firmes en la doctrina de los Apóstoles y de los santos Concilios.

De camino para su destierro pasó Eusebio por la Capadocia, donde no vemos que tuviese la libertad de hablar de viva voz con su amigo Basilio; pero se escribieron muchas veces durante este destierro, y el obispo de Cesarea se encargó de remitir al santo confesor las cartas que le dirigieran de su iglesia, y aun escribió al Senado público de Samosata consolando y animando á una ciudad, á la que da el glorioso testimonio de que ninguna otra de la Siria se habia señalado en esta persecucion con tanta constancia como ella.

Aun se conservó una de sus Epístolas á la iglesia de Evaisa, en la que mostrando como en otras muchas la actividad de su celo, acaba de deshacer la objecion que de los fatales progresos del arrianismo pretendia sacarse contra la visibilidad perpétua de la Iglesia católica (1): testimonio que viene en apoyo de lo que vimos afirmar á San Atanasio tocante á la pureza de la doctrina en el mayor número de las iglesias. Dice San Basilio recomendando la doctrina de Nicea por la gloria y universalidad de su profesion: «Considerad toda la estension del mundo cristiano, y ved cuán pequeña es la parte enferma; pues todo el resto de la Iglesia que desde un extremo al otro recibió el Evangelio, conserva su fé sana é incorruptible.» Es digno de observarse que hablaba de esta manera en tiempo de la tiranía de Valente, y cuando el arrianismo triunfaba mas que nunca en el Oriente.

Asi se consagraba el santo arzobispo de Cesarea al servicio de todos los fieles, no obstante sus continuas y fuertes enfermedades, y aun en el mismo tiempo en que consumido por las austeridades y fatigas no esperaba sino una muerte cercana. Escribióle San Anfiloquio, obispo de Iconio, acerca de la provincia de Isauria, inmediata á la Licaonia, que entonces no tenia obispo alguno, cuando antes habia en ella un número considerable. El sábio doctor le respondió: «Sin duda seria lo mejor dividir el cuidado pastoral de esa provincia entre muchos prelados; mas porque no es fácil hallarlos dignos, debemos evitar, que queriendo lo mejor, no faltemos á lo esencial; que multiplicando los ministros no envilezcamos el ministerio santo, y que no disminuyamos el respeto de los pueblos dándoles sugetos poco experimentados; y asi tal vez sea mejor que nos contentemos con establecer en la

(1) Basil. Epist. ad Evas. et Epist. ad Neocaes. 75.

capital un hombre seguro, encargado del gobierno de todo, y que tome coadjutores si el trabajo es superior á sus fuerzas; mas si no es facil encontrar un tal obispo, cuidemos primeramente de establecerlos en las pequeñas ciudades y pueblos que los tenian en lo antiguo, antes de elegir uno para la capital, no sea que este nos embarace en lo sucesivo, rehusando aprobar la ordenacion de los demas.» Algun tiempo despues escribió otra vez á San Anfiloquio para que remitiese á la Licia un hombre de confianza que reconociese los que conservaban la fé ortodoxa; porque el error de los macedonianos acerca del Espíritu Santo dominaba entre los asiáticos; esto es, en la parte del Asia menor llamada propiamente diócesis de Asia, y cuya capital era Éfeso. Trata aqui el celoso doctor con mucha individualidad de las cosas y personas, manifestando con esto cuánto se interesaba en el buen estado de todas las partes de la casa de Dios.

El santo obispo de Iconio, Anfiloquio, habia contraído con los dos ilustres amigos Basilio y Gregorio aquella amistad tierna y sólida que se funda en la conformidad de inclinaciones y costumbres, y aun de las cualidades indiferentes. Nació como ellos en Capadocia, y era tambien de una familia noble, y de una ciencia profunda, de una grande elocuencia y de una virtud eminente, fortalecida por un largo uso de la vida solitaria. Siempre habia mantenido una estrecha conexion con Gregorio; mas desde que Basilio fué elegido obispo, Anfiloquio, que aún no lo era, evitó hallarse con él para que no le confriese las órdenes sagradas de que se creia muy indigno; precaucion que su singular mérito y la pública estimacion hicieron insuficiente, pues habiéndole encaminado la Providencia á Pisidia, fué nombrado, á pesar de su resistencia, arzobispo de la ciudad de Iconio, erigida poco antes en metrópoli de la segunda

Pisidia ó Licaonia. Le escribió Basilio acerca de su ordenacion para consolarle, animarle y convidarle á que fuese á verle, lo que efectivamente hizo. Segun la costumbre observada con los obispos forasteros, le invitaron á predicar en presencia de los habitantes de Cesarea, á quienes llenó de admiracion; y su voto era tanto mas honroso, cuanto el gusto de este crecido auditorio, habituado á la elocuencia sublime de su pastor, era delicado y esquisito. Anfiloquio se propuso desde entonces á Basilio por modelo y guia en el cumplimiento de todos los deberes del episcopado consultándole no solo sobre las profundidades especulativas del Ser Supremo, para aterrar á los sofistas hereges, sino tambien acerca de la ciencia práctica de las costumbres y de la disciplina.

Para satisfacerle acerca de esto último, escribió el santo doctor aquellas tres Epístolas canónicas tan justamente celebradas en la antigüedad. Contienen ochenta y cinco cánones de disciplina, principalmente sobre la penitencia pública, en contestacion á otras tantas preguntas del obispo de Iconio. Nada es mas propio para proporcionar, en cuanto es posible, la pena al pecado, ó á lo menos para inspirar el horror debido á ciertos crímenes. Trátase principalmente del homicidio y de las culpas cometidas en el matrimonio. Sujétase á veinte años de penitencia el homicidio voluntario, en el cual se comprende el envenenamiento y los maledicios de la mágia. Debe estar el penitente cuatro años *humillado* á la puerta de la iglesia mientras los oficios divinos, sin poder entrar en ella; cinco entre los *oyentes*, esto es, admitido á la instruccion y no á las oraciones; siete *postrado* durante las oraciones; y cuatro *consistente* ú orando en pie. Estos eran los cuatro grados de la penitencia pública, que subsistieron uniformemente en la Iglesia durante mucho tiempo. Res-